



EL GUARDIÁN DE LA ONATA

Ana Zorrilla

EL GUARDIÁN DE LA ONATA



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Zorilla

ISBN: 979-13-88411-32-8

ISBN digital: 979-13-88411-33-5

Depósito legal: M-22407-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Anders

Esto no es el fin, ni siquiera el comienzo del final. Es, tal vez, el final del principio.

WINSTON CHURCHILL

A lo lejos se divisa la ciudad del viento, del sol y de la lluvia. La mar escupe hoy espumas que el viento encabrita y las piedras de sus muros amortiguan. Los barcos se bambolean en el puerto y sus gentes continúan con sus vidas, sin sospechar que la maldad siempre está ahí, al acecho.

Santamarina, febrero de 1941

Salvador observaba satisfecho las reacciones de los clientes desde la puerta entreabierta de su despacho en la joyería Altanza. A sus treinta y un años, se había convertido en una de las personalidades más importantes de Santamarina. Sentado en una butaca de cuero tras una mesa escritorio, disfrutaba imaginando lo que pensaban. Sabía que era envidiado. El respeto empieza por la envidia, eso le había quedado muy claro desde niño. Se reclinó en el sofá con las manos entrelazadas sobre el abdomen y se dejó pasear unos instantes por sus recuerdos. Algunos de ellos pasaban rápido por su mente mientras otros flotaban pesados como la esencia de algunos aromas.

Pensó en sus primeros padres, campesinos sin formación alguna, como buena parte de la población en aquella época. A su madre no la recordaba, murió por complicaciones del parto al nacer él. De su padre, un hombre tosco y parco en palabras, pocos recuerdos quedaban. El hombre no supo hacer otra cosa que contribuir a su educación con los conocimientos que le proporcionaron la dura vida del campo, los callos de las manos y el dolor de las lumbares arqueadas sobre la tierra. Sus primeros años se perdían entre campos de patatas, un pequeño huerto y largas jornadas con los adultos segando y trillando hierba en los campos. Todo eso cesó cuando su padre enfermó de una pulmonía aguda con desenlace fatal.

Ante la falta de una familia que se pudiera encargar de él, Salvador fue enviado al orfanato de Santa Clotilde, en una localidad vecina. Allí convivió con otros niños desamparados y completó su educación con las reglas que impone la supervivencia en un sitio

como aquel; un recuerdo este en el que nunca se entretenía demasiado tiempo.

Al cabo de un año, fue adoptado por un matrimonio de Santamarina ya entrado en años para tener sus propios hijos. Por aquel entonces era una ciudad costera en plena expansión y con una cada vez más consolidada vitalidad comercial. Naturalmente, fue una oportunidad que las monjas de Santa Clotilde vieron como caída del cielo, en su afán por encontrar familias a todos esos niños. A los doce años el chico ya realizaba trabajos de todo tipo, tanto en la casa del matrimonio como en el negocio del que vivían: la joyería Altanza. Aún recordaba el olor de la casa de la que se convirtió en su nueva familia...

PARTE I

1922-1941

CAPÍTULO 1

Febrero de 1922

La primera sensación que lo golpeó al abrirse la puerta fue un penetrante olor a naftalina. Doña Bárbara en persona salió a recibirlo. Salvador no sabía muy bien cómo comportarse y se limitó a tratar de controlar la tiritona que traía después de soportar un largo viaje aterido por un frío que cortaba el aire como el filo de un cuchillo. Había hecho todo el trayecto hasta Santamarina en un carro que transportaba leche tirado por una yegua percherona, a la que su dueño golpeaba intermitentemente con una larga vara para que mantuviera el paso.

El niño tenía el porte de un muñeco de trapo, con las manos caídas a los lados y ese flequillo pegado a la frente. Observó a la mujer sin bajar la mirada, perplejo ante la silueta que tenía delante. En su vida había visto un moño más grande. Parecía hecho con la misma madeja de color gris que la del jersey que llevaba puesto. Doña Bárbara le pareció una mujer más bien vieja no tanto por las arrugas de la piel, sino por la sobriedad de su aspecto. Iba encorsetada en un vestido oscuro que le caía recto hasta los tobillos, lo que le hacía parecer más alta de lo que en realidad era. La mujer lo inspeccionó de arriba abajo unos segundos sin ni siquiera saludarlo, y a alguna conclusión no muy positiva debió llegar porque su boca se curvó hacia un lado en un gesto de desdén.

—Te hacía más alto y menos flacucho —fue lo primero que dijo—. ¿Cómo te llamabas? No recuerdo el nombre que escribió la hermana Laureana en su carta...

—Salvador, señora.

—Eso está bien, por lo menos tienes modales—. Sus ojos se posaron después en la maleta que descansaba en el suelo al lado del niño—. Coge eso y sígueme, te voy a enseñar tu cuarto.

Salvador siguió a la mujer, que parecía moverse de puntillas, por la alfombra de un pasillo largo y oscuro. Algunas puertas se encontraban cerradas y ya le transmitían el mensaje silencioso de lo que no se debía traspasar. El niño contemplaba impertérrito los lúgubres retratos que colgaban a derecha e izquierda del pasillo mientras se iban acercando al único foco de luz que se filtraba por un gran ventanal escoltado por pesadas cortinas. Al lado del ventanal, a la derecha, había una puerta algo más estrecha que las demás. La mujer la abrió con un ruido de protesta de las bisagras y encendió a continuación la luz de una bombilla que pendía desnuda del techo.

—Pon tus cosas ahí —le ordenó señalando un pequeño armario contra la pared.

Salvador estiró un poco el pescuezo. La mujer ocupaba todo el umbral de la puerta y no podía ver bien el interior.

—En la cama te he dejado tus ropas de trabajo. Póntelas y ven a la salita cuando estés listo.

Solo cuando doña Bárbara se había retirado pudo ver las auténticas dimensiones de aquel habitáculo. Era un rectángulo con espacio justo para los muebles. Un armario al fondo, una cama a la derecha, en el lado largo de la pared, y una lamparita con la pantalla algo torcida en el suelo. La habitación ni siquiera tenía ventana. Para su aseo disponía de un aguamanil con un pequeño espejo, que colgaba torcido de un clavo, casi empotrado junto al armario. Sobre la cama había una camisa de estilo marinero con su gorra a juego, unos pantalones largos de lino, calcetines y botines negros. Salvador se sintió ridículo, prefería sus ropas del orfanato. Se desvistió de mala gana y se puso su nueva indumentaria. Metió

la maleta junto con lo que había traído puesto en el armario y salió de la habitación hacia la salita.

Pasó tres puertas cerradas hasta que llegó a la altura de una que estaba abierta.

—Los he visto más rápidos —dijo la voz de doña Bárbara desde dentro.

Se hallaba sentada con una toquilla sobre los hombros y con los pies en el brasero de una mesa camilla. Sus manos mezclaban con destreza una baraja de naipes mientras el niño la miraba sin saber muy bien lo que se esperaba de él.

—Ahora tú y yo vamos a jugar a las cartas; y no me mires así —añadió—, que en esta casa hay muchos ratos muertos que llenar, pero, por suerte, tú vas a estar bastante ocupado —lo informó mientras continuaba mezclando la baraja sin dejar de observarlo. Zas, zas, zas... Las cartas se mezclaban en sus manos con un sonido que el muchacho no pudo evitar asociar con el de un dalle al segar la hierba.

A don Pedro lo conoció ese mismo día cuando doña Bárbara, cansada de explicarle una y otra vez las reglas del juego de naipes, decidió dar un paseo con el niño hasta la joyería de su marido, ubicada en uno de los bajos de otro edificio en pleno Paseo de Pereda, un par de calles más allá.

«Joyería Altanza», rezaba el letrero de la entrada con unas letras doradas justo encima de un escaparate al que nadie le quitaba el polvo desde hacía mucho tiempo. Doña Bárbara entró en el local, dejando a Salvador rezagado enfrente del cristal. A modo de visera acercó las manos a la fría superficie y apoyó la frente sobre ellas en un intento de ver mejor los relojes y joyas allí expuestos.

—¡Pero habrase visto este niño! —se irritó la mujer asomando la cabeza por la puerta al ver que tardaba—. ¡Que te vas a poner perdido! —lo amonestó—. Inmaculado te quiero ver, ¿me oyes? Solo faltaba que mancharas la ropa el primer día... Acércate aquí, anda.

Salvador obedeció inmediatamente a la mujer y entró en la tienda. Se quedó plantado ahí en medio, mirándolo todo con los ojos como platos. Y si algo se le reveló aquel día fue que allí estaba su sitio.

—Míralo, otra vez ahí parado como si estuviera en trance. No sé si vamos a hacer vida de este chico, Pedro.

Un hombre de pelo revuelto y cano, con las mangas de la camisa arremangadas salió de la trastienda. El joyero se ajustó unos quevedos al tabique de la nariz y examinó unos instantes al chico en silencio para irritación de su mujer, que no soportaba esa parsimonia suya.

Mientras tanto, Salvador, ajeno las reacciones que suscitaba, acababa de entrar en contacto con el fantástico mundo de las piedras preciosas. Iba de vitrina en vitrina, y se embriagaba de los brillos, colores y formas de las joyas allí expuestas. De repente sintió una presencia justo detrás y se volvió.

—¿Verdad que son bonitas?

Salvador se volvió hacia su interlocutor y asintió embobado a la pregunta de ese señor sonriente de pobladas cejas, tras lo cual giró otra vez la cabeza para seguir contemplando aquella maravilla. Y el joyero no dijo más; ni siquiera cuando su mujer, perdiendo la paciencia, anunció que se marchaba a hacer algún recado. Y allí pasaron el resto de la tarde don Pedro y Salvador, mentor y pupilo. Don Pedro explicando las características de cada piedra y Salvador absorbiendo todo lo que escuchaba.

CAPÍTULO 2

Al joyero no se le escapó el potencial del niño y, pensando en que una buena formación también era necesaria si quería tener un ayudante en condiciones, lo registró en el colegio religioso del padre Beltrán, un antiguo amigo de la infancia. Sin embargo, y a pesar de las buenas intenciones de don Pedro, fue precisamente esa época la que marcaría el destino del chico. Desde que puso un pie en el colegio tuvo que aguantar las burlas de sus compañeros, que se ensañaban con él a diario. Lo llamaban el Perlita por alguna tonta alusión a su trabajo en la joyería. Especialmente molestas eran las pullas de un niño grandullón de pelo engominado llamado Guillermo. Siempre iba acompañado por su séquito de incondicionales, aspirantes a bravucones, cortados por el mismo patrón. No perdían ocasión de meterse con él. Las jugarretas iniciales evolucionaron con el tiempo y pasaron a convertirse en auténticas humillaciones. De las zancadillas accidentales y demás trastadas pasaron a las llamadas «pruebas de valía», que Salvador trataba de acatar sin protestar. La última de ellas acabó con tres contundentes varazos en las yemas de los dedos cuando fue descubierto en la habitación del padre Prior tratando de robarle el peluquín. Con lo que no contaba era con que había sido el propio Guillermo quien había dado el chivatazo, lo cual culminó en una reunión disciplinaria en el despacho del director del colegio.

—¿Pero era realmente necesario destrozarle los dedos de esa manera, Beltrán? —preguntó don Pedro señalando las manos de su aprendiz sentado en una silla a su lado.

Las manos del niño eran un poema. Las llevaba vendadas y descansaban, inmóviles, sobre sus rodillas. Iba a estar inhabilitado para el trabajo unos días. La reacción de doña Bárbara todavía resonaba en los oídos de su marido, quien tuvo que contenerla para evitar que Salvador fuera premiado con una buena bofetada.

El padre Beltrán se reclinó hacia delante sobre la vieja mesa de nogal, que respondió con un crujido al concentrar buena parte de su peso en aquellos recios antebrazos. Todavía era un hombre fuerte a pesar de los años. Hijo del fundador de la primera cofradía pesquera de Santamarina, había forjado su cuerpo bajo la disciplina del remo antes de cambiarlo por la sotana. En su juventud había pasado buena parte del tiempo en una las traineras de la cofradía, remando mar adentro durante horas, junto con otros compañeros. Don Pedro había escuchado muchas veces sus anécdotas de cómo le había ganado la batalla al mar para poder llegar a los caladeros, recoger la pesca y volver antes que otras traineras para ser los primeros en vender la captura.

—Pedro..., tú ya sabes lo que yo opino de los castigos ejemplarizantes. El padre Prior está ya mayor, y ya sabes: Perro viejo no aprende trucos nuevos. Yo no lo habría permitido si me hubieran preguntado, pero hay cosas que no son tan fáciles de cambiar. Todos hemos pasado por el golpe de la vara alguna vez, acuérdate...

Claro que se acordaba; y de lo que dolía también. De niños, Beltrán y él también estuvieron llenos de divertidas ocurrencias que no tuvieron el final que ambos esperaban. Se revolvió incómodo en la silla. Tenía la sensación de que esto era distinto. No le acababa de encajar esa forma de actuar del chico. Se volvió hacia él con el ceño fruncido, tratando de comprender lo que no quería aceptar.

—Salvador, ¿de verdad ha sido tu idea lo de robarle el peluquín al padre Prior? —le reprochó con suavidad don Pedro—. ¿Seguro que no te ha obligado alguien?

Salvador se limitó a sacudir negativamente la cabeza y procuró mantener la mirada en el suelo, aguantando el silencio de los dos adultos, que no sabían muy bien cómo continuar.

—Lo hice porque quise —murmuró para zanjar el tema, ajeno a la decepción que asomaba a los ojos del joyero. Lo único que perduraba en su cabeza eran las últimas palabras de Guillermo: «Y ojito con irle con la canción al Beltrán. No querrás que le contemos la de tonterías que se te ocurren cuando nadie te ve, ¿verdad? No vaya a ser que acabes otra vez de vuelta en el lugar del que te trajeron...». No, no iba a decir nada. Sin embargo, esta y otras anécdotas hicieron que poco a poco se fraguara en su interior el fuego de la ira. Y es que todas las personas son buenas, hasta que el germen del mal halla la tierra adecuada para prender.

A Salvador le encantaba nadar. Lo cierto es que había aprendido a nadar, como otros tantos niños de su pueblo, en una poza donde se refrescaban los días de calor. Cuando vivía en el orfanato, si bien con menos libertad, pudo disfrutar de algún que otro chapuzón gracias a un río cercano. En Santamarina también encontró la forma de refrescarse junto a muchachos como él, que, aunque nunca pudo definirlos como amigos, eran lo más parecido que llegó a encontrar. Todos los domingos, después de misa, se acercaba al muelle, lugar que había aprendido a apreciar en sus paseos con don Pedro.

—Dudo mucho que haya un sitio tan bonito como este en ninguna otra parte del mundo, Salvador —le dijo don Pedro un día en uno de sus múltiples paseos—. Ahora, para captar esa belleza en todo su esplendor, hay que contemplarla con los ojos de Santamarina, pero sin abrirlos, ¿comprendes?

Salvador se había encogido de hombros sin comprender nada. Cuando don Pedro se ponía filosófico era difícil seguirlo, pero le encantaban las palabras que utilizaba.

—Te lo voy a explicar. Cierra los ojos y respira hondo —le dijo muy solemne animándolo a colocarse a su lado de cara al mar—. ¿Lo notas? Sal, tierra y agua fundidos en uno. Y ahora ábrelos y absorbe esta imagen —continuó extendiendo los brazos con orgullo hacia las aguas azules de la bahía, con sus largas playas y colosales montañas.

»No me digas que no es una maravilla. Pues bien, si has contemplado todo esto con los ojos de Santamarina, nunca jamás olvidarás esta imagen. Te advierto que esta técnica sirve también para ver en el interior de las personas —añadió enarcando una ceja—. Es ahí donde muchas veces se esconden las respuestas que necesitas —reveló enigmático.

Cuando Salvador llegó a la altura del club marítimo ese día, ya había muchos chicos en el agua. Cuerpos desnudos se zambullían una y otra vez entre los barcos del puerto. Buscaban las monedas que les lanzaban los adinerados pasajeros, que contemplaban con deleite los esfuerzos de los chicos. Eran los «raqueros», ladronzuelos, chicos marginados, muchos huérfanos, para los que aquel juego podía proporcionar una suma importante para su subsistencia. Salvador, a pesar de no ser exactamente uno de ellos, había sido aceptado en el grupo como uno más, quizá porque a ellos no les costaba nada darle aquello que él, sin ser consciente, tanto necesitaba.

Se despojó de sus ropas y se tiró al agua tal como lo habían traído al mundo. Naturalmente, contaba con que doña Bárbara no pasara por ahí, no quería ni pensar cómo habría reaccionado; pero con lo que desde luego no contaba era con que el grupo de compañeros más detestable de su clase pasara por la zona precisamente ese día.

—¿Pero no es ese el Perlita? —preguntó Guillermo tratando de aguzar la vista.

Al instante, un grupo de chicos se apelotonó detrás de él.

—¿Qué hace con esos? —preguntó uno bajito y rubio, arrugando la nariz en señal de disgusto.

—¡Pues qué va a hacer, Néstor! Lo único que saben hacer esos —constató Guillermo—. Juntarse y coger las migajas que les tiran, son como mules.¹ Pero a este le vamos a dar una lección para que sepa cuál es su lugar y deje de andar tan envarado —les anunció.

¹ Denominación que se da en Santander a un tipo de pez carroñero, habitual en los puertos o muelles, donde se alimenta de todos los desperdicios que puedan llegar a su alcance. También se le conoce en otras zonas con el nombre de muil, mújol o lisa.

Y tras decir esto se acercó a la zona donde los muchachos se habían desprovisto de las ropas buscando las de Salvador, el único de todos ellos con botines de cuero y ropa decente.

Salvador salió chorreando del agua sonriente, había conseguido encontrar unas cuantas monedas. Las apretaba con fuerza en su puño derecho a la vez que se abrazaba así mismo, tiritando, mientras subía veloz por la rampa. Algo haría con ellas. Un grupo de chicos corría por el muelle a la vez que lo señalaban y se reían con sonoras carcajadas. Levantó la vista hacia ellos y, entre las gotas acumuladas en las pestañas, reconoció a sus compañeros. Se pasaban unos a otros prendas de ropa. ¡Su ropa!

—¡Eh! ¡Dejad eso! ¡Parad! —les gritó con impotencia. Les llamó de todo y, aunque su primer impulso fue salir detrás de ellos, acabó sentado en un escalón arrugándose todo lo que pudo.

Un niño algo más joven que él le tocó en el hombro.

—Toma, ponte esto —le dijo dándole un saco de tela con agujeros rasgados de mala manera para la cabeza y los brazos.

»Siempre hay alguno de nosotros que tiene uno de más por si acaso. No es que haya mucho que llevarse, pero siempre hay algún idiota con ideas.

Salvador se puso el saco agradecido y salió disparado a su casa por las calles de atrás evitando el Paseo de Pereda, por donde a esas horas paseaban las familias más acaudaladas de Santamarina y donde seguramente doña Bárbara estaría tomando el aperitivo en alguna de sus frecuentadas cafeterías. Por nada del mundo quería que ella le viera con ese aspecto. Si tenía suerte, don Pedro estaría en casa, solía quedarse leyendo aprovechando el rato de libertad.

Encontró la puerta trasera del edificio abierta. La portera debía haberla dejado así para que se secaran las baldosas después de haber pasado la fregona. Subió ligero por la escalera hasta el primer piso y llamó con los nudillos a la puerta. Tras unos segundos se escucharon pasos al otro lado y unos ojos aparecieron tras la mirilla. Don Pedro abrió la puerta con rapidez al reconocer al chico.

—¡Salvador! ¿Pero qué te ha pasado?

Don Pedro se dio prisa en meterlo dentro y cerró la puerta.

—Unos compañeros de clase me quitaron la ropa —murmuró el chico avergonzado y sin apenas levantar la vista del suelo

—¿Pero cómo ha sido eso? ¿Dónde?

Don Pedro puso las manos en los hombros del chico y trató de reconfortarlo. Temblaba como una hoja en un día de lluvia.

—En el Puerto —contestó Salvador finalmente.

—¿En el Puerto? ¿Te ha empujado alguien al agua? ¿Es por eso que estás tan empapado?

—Me estaba bañando... Voy allí todos los domingos —confesó el muchacho—, y mientras estaba en el agua vinieron unos compañeros de clase y me quitaron la ropa.

—¡Gentuzá! Esos es lo que son esos... Han existido toda la vida y desgraciadamente hay que lidiar con ellos. Seguro que no es la primera vez que se meten contigo y te lo has estado callando, como con la historia del peluquín. —Salvador apretó los labios sin desmentir nada—. Hablaré con el padre Beltrán. No te creas tú que se va a quedar la cosa así... Pero te voy a decir algo: no me parece bien que te bañes ahí con todos los raquerillos de la ciudad; tú no eres uno de ellos. No quiero ni pensar lo que vamos a tener que escuchar si Bárbara se entera.

—¿Se lo va a decir?

—¿Yo? Ni loco. Anda, ahora vete a darte un baño caliente y vístete. Ya encontraré una solución para explicar lo de tu ropa...

Salvador hizo caso a don Pedro y se dio un baño caliente. Dejó que el agua saliera generosa por los grifos y cubriera su cuerpo flacucho hasta la barbilla. Al poco, dejó de sentir frío y otra sensación ya conocida se hizo paso. Venía de lo más adentro de su ser y crecía cuanto más consciente era de su existencia. Al cabo de unos minutos sintió una rabia intensa que ardía como el fuego de una hoguera. Ardía de ansias de venganza y, aunque no sabía cómo, se iba a cobrar la humillación que le habían hecho pasar.

CAPÍTULO 3

Los tacones de doña Bárbara se acercaban por el pasillo, y Salvador se apresuró a ajustar el botón de sus pantalones. La mujer no se molestó en llamar a la puerta, a pesar de que el chico ya tenía una edad como para necesitar un poco de intimidad.

—Aquí estás. Un poco tarde vamos hoy, ¿no? Que hoy no tengas clase no significa que puedas dormir hasta la hora del almuerzo —le reprochó la mujer examinándolo de arriba abajo—. Pásate por la salita en cuanto estés listo, que tengo tarea para ti. Y hazte bien la raya al lado, que parece que no te ha visto el peine hoy.

Salvador se quedó contemplando su imagen en el espejo que colgaba de la pared de su cuarto. De repente, se sintió igual de mal colocado que aquel cristal. La cara de niño con la que había llegado a Santamarina se había convertido en una cara llena de granos, pero con la misma mirada perdida. Se peinó con la raya al lado y se miró con desprecio. Dejó el peine encima del aguamanil y salió de la habitación hacia la salita.

Doña Bárbara no levantó la mirada del solitario cuando el chico entró en la salita. Sus manos huesudas temblaban ligeramente mientras sostenía la baraja y contemplaba los naipes extendidos sobre la mesa.

—Esta noche tenemos invitados. Ve al comedor y ayuda a Paquita a limpiar el servicio. Quiero que esté todo perfecto. Se trata de una familia de renombre que Pedro y yo conocimos el otro día, y no quiero que nada salga mal. Y que te instruya sobre el servicio de la cena antes de que se vaya —añadió haciendo un ademán con la mano para que el chico se retirara.

Paquita se encargaba de la cocina y de otras pequeñas labores en la casa. Era una mujer oronda, con el pelo siempre oculto bajo una pañoleta y extremadamente eficiente. No eran muchas las oportunidades que tenía de hablar con ella, ya que no era muy dada a conversar mientras hacía su trabajo.

Cuando el chico entró en el comedor se encontró a la mujer en plena faena. Bandejas, cubiertos, jarrones de plata y copas de cristal relucían en un mantel de paño extendido sobre una mesa de caoba.

—Pero si están limpios...

Paquita se volvió con las manos en la cintura con gesto huraño.

—¿Limpios? Si todavía no hemos empezado. Anda ven *pa'cá*, que te voy a meter en faena. ¡Limpios dice!

Ciertamente, los cubiertos brillaban aún más cuando Salvador les pasaba con desgana el trapo humedecido en vinagre. Aunque la mirada examinadora de Paquita delataba que no acababa de fiarse de que lo pudiera hacer solo.

—No creo yo que vayas a vivir de dar lustre a los cubiertos, no...

—sentenció la mujer negando con la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Tú tienes la mirada puesta más arriba, que ya me he dado cuenta yo. Pero te voy a decir una cosa, chavaluco. Ese no es nuestro sitio y, cuanto antes lo aceptes, mejor. Hasta los granos de la cara te iban a mejorar.

Las palabras de la criada se quedaron flotando en el aire durante el resto del día; y si en algún momento empezaron a cobrar verdadero sentido fue a las ocho y media de la tarde, cuando sonó el timbre de la puerta y descubrió quiénes eran los invitados.

Un chico de pelo engominado, alto y fuerte lo contemplaba altivo con sus padres apostados a su espalda. Guillermo lo miraba con una sonrisa torcida que más bien parecía un insulto silencioso. Contrastaba esta con el impertinente carmín de los labios de su madre, una mujerona muy emperifollada que portaba una bandeja de pastelillos procedente de la mejor confitería de Santamarina. El

padre, un hombre de tez amarillenta, algo más bajo que su mujer, lo miraba inexpresivo tras las gafas. No saludó siquiera. Se le veía aburrido tratando de mentalizarse para las horas que tenía por delante.

Salvador sintió que se le encogía el estómago. De todas las familias posibles, precisamente «esa», tenía que venir a su casa. Claro que... en realidad tampoco lo era; y precisamente «él» tenía que abrir la puerta y humillarse de esa manera. Por suerte, doña Bárbara apareció por detrás y le evitó tener que abrir la boca.

—Luz, Roberto... ¡Qué alegría veros! Pasad, pasad. Pasteles de Albéniz, que maravilla, no os tendríais que haber molestado... —agradeció doña Bárbara aceptando el obsequio que la mujer ponía en sus manos a la vez que se apoyaba contra la puerta para dejarlos pasar. Salvador quedó oculto tras ella y perdió protagonismo durante unos instantes, cosa que agradeció con toda su alma. Mientras tanto, los tres visitantes pasaron al vestíbulo y se quedaron ahí unos instantes examinando todo con falso interés.

—¡Pero qué casa, Bárbara! ¡Qué techos! ¿Y esos cuadros tan espectaculares? —Y sin esperar respuesta, ya estaba comentando otra cosa diferente—. Uy, esa galería es una maravilla, ¿verdad, Roberto?

El padre de Guillermo asentía, distraído, mientras buscaba a don Pedro con la mirada, pero el joyero, para disgusto de doña Bárbara, no acababa de llegar de su paseo dominical. ¿Dónde se había metido su marido a esas horas?, se preguntaba la mujer a la vez que exageraba aún más esa risa artificial, acompañada de unos gestos de señora desenvuelta que Salvador desconocía que tenía.

Cuando el despliegue de todos esos recursos llegó a su final y don Pedro seguía sin aparecer, la mirada de doña Bárbara cayó como un halcón sobre el chico, que seguía con la mitad del cuerpo oculto tras la puerta.

—¿Pero todavía sigue la entrada abierta? Madre del amor hermoso, ¡es que hay que explicárselo todo a este muchacho! —se excusó azorada ante la conducta inmadura de Salvador. El aludido

salió con desgana de las sombras y cerró con lentitud la puerta, aprovechando cada milésima de segundo, antes de tener que volver a ese público sediento de información que tenía a su espalda.

—¿Este es el chico, Bárbara? —preguntó la madre de Guillermo inspeccionando al niño de arriba abajo, como quien analiza la calidad de un traje expuesto en un escaparate.

—Salvador, acércate y saluda como Dios manda —le ordenó la anfitriona.

El muchacho se acercó con la mirada baja y facilitó el escrutinio, que era más bien a lo que Bárbara se refería.

—Vino totalmente asilvestrado, pero estamos haciendo vida de él poco a poco.

—Pobre, hay que ponerse en su lugar. Vivir en la capital tiene que ser una diferencia abismal para alguien del campo —comentó la mujer acompañada de los gruñidos de asentimiento de su marido, que también lo estudiaba con los ojos entrecerrados como si fuera un insecto inusual.

—Pasemos a las salita y os invito a tomar algo mientras mi marido aparece. Salvador, lleva los pasteles a la cocina y trae el aperitivo —ordenó.

—Guillermo, acompaña a Salvador, que le gustará tener a alguien con quien hablar —le pidió su madre, a lo que el chicarrón respondió obediente con un asentimiento.

«¿Alguien con quien hablar?», pensó Salvador para sí mientras se daba prisa en salir de la escena. ¡Pero si era lo último que deseaba! Esos padres no tenían ni idea de nada. Conocía a Guillermo más que de sobra a estas alturas. Si hubiera sabido que esa era la familia que los iba a visitar, se las habría ingeniado para no estar en casa.

El pasillo se le hizo eterno. Sentía la sombra del verdugo que lo seguía de cerca, a sus espaldas. Entraron casi a la vez en la amplia cocina, que se abrió como un anfiteatro esperando a sus gladiadores. La ventana que daba al patio interior estaba abierta, pero cubierta por una ligera cortina que se levantaba a ratos con el aire, dejando entrar el olor a comida de otras casas que subía por el pa-

tio interior. Salvador dejó la caja de pasteles encima de una mesa, junto a la pared, mientras sentía los ojos de Guillermo clavados en la nuca. Lo ignoró. Se dispuso a abrir el envoltorio y poner los pastelillos en una de las bandejas de plata que había estado limpiando esa misma mañana, haciendo caso omiso de la presencia del joven invitado.

—Pasteles de estos no comerías tú en tu pueblo, ¿no? —le susurró de repente Guillermo en la oreja.

Salvador, aunque sorprendido por la repentina cercanía, ignoró el comentario. A continuación hizo una bola con el papel de la envoltura y se dirigió a tirarlo a la basura. Entre tanto, Guillermo sacó un taburete de debajo de la mesa, donde estaba todo el servicio preparado, y se sentó.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer? —inquirió Salvador al verlo tan acomodado.

—No. Mi madre ha dicho que te diera conversación y esa es mi intención —dijo engullendo un pastelillo de la bandeja ante la mirada de desagrado de Salvador, quien decidió tragarse las palabras y seguir con los preparativos. Abrió la alacena y sacó un bote de aceitunas. Después colocó unas cuantas en un platito junto a un cuenco de almendras en una fuente de plata mientras Guillermo no le perdía de vista con la mirada. Para terminar, preparó unas copas de jerez en unas delicadas piezas de cristal de cáliz amplio siguiendo las instrucciones de Paquita.

—Yo ya he terminado aquí —dijo Salvador dirigiéndose a Guillermo, que lo contemplaba con una diversión maligna—. Por mí te puedes quedar ahí sentado —añadió mientras cogía la bandeja con el aperitivo y empezaba a andar hacia la puerta de la cocina.

Justo cuando estaba a punto de poner un pie en el pasillo, Guillermo se abalanzó por detrás y le dio tal empujón que Salvador perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre la alfombra. La bandeja y las copas salieron volando aterrizando contra el suelo con tal estrépito que Bárbara y los padres de Guillermo salieron asustados al pasillo para ver lo que sucedía.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —preguntó doña Bárbara, horrorizada con la mano en el pecho.

—Salvador, que se ha tropezado —explicó Guillermo tendiéndole una mano para ayudarlo a levantarse.

—¡No me toques! —lo advirtió el chico rechazando la ayuda.

—¿Qué grosería es esa? —le amonestó doña Bárbara—. Vergüenza te debería dar, además de ser tan patoso. Hablar así a nuestro invitado cuando trata de ayudar... ¡Pide disculpas ahora mismo!

A Salvador le ardía la cara de humillación, pero balbuceó un perdón apenas audible que se quedó más bien en el aire al escucharse el ruido de la puerta principal al abrirse.

—¡Ay, Pedro, por fin llegas! ¿Pero dónde te habías metido? —preguntó molesta doña Bárbara—. Aquí estoy con la familia Quevedo. Te llevamos esperando un buen rato —dijo sin disimular su enfado.

A su marido le bastaron unos segundos para hacerse una composición de lugar y comprender que la conducta de Guillermo no tenía límites ni en las casas de los demás.

—Roberto, Luz, ¿cómo estáis? —dijo con una jovialidad que no sentía, y se acercó a saludar sonriente sin quitarse el abrigo—. Me vais a perdonar. De camino a casa paré un rato en la plaza a ver el campeonato de ajedrez y se me fue el santo al cielo.

—¡Ah, ese plan también me habría gustado a mí! —exclamó don Roberto mirando intencionadamente a su mujer.

—Habéis traído a vuestro hijo, veo. ¿Qué tal, Guillermo? A ti te quería yo conocer —dijo remarcando las palabras. Salvador no podía creer lo que oía. ¿Había consentido don Pedro que, precisamente, ese chico viniera a su casa?

Lo cierto es que cuando Luz comentó a Bárbara lo contentos que estaban con el colegio de su hijo una semana atrás, salió a relucir que los dos chicos estaban en la misma clase. A don Pedro, la cena le pareció una oportunidad estupenda para poner las cosas en su sitio, aunque no había contado con llegar tan tarde.

Guillermo estrechó inseguro la mano del hombre, quien la re-

tuvo unos segundos mientras lo valoraba con la mirada. Cuando el muchacho empezó a sentirse incómodo, la soltó.

Para cuando los saludos terminaron, Salvador ya había recogido todo del suelo. Empezaba a andar en dirección a la cocina para arreglar el estropicio cuando don Pedro lo retuvo con suavidad por los hombros.

—Salvador, hijo, luego tenemos que hablar—dijo en alto para que lo escucharan todos los presentes—. Tengo un montón de planes para él. Este chico es muy inteligente, va a llegar muy lejos, ya veréis —añadió orgulloso—. Guillermo, a ti te podría enseñar muchas cosas —soltó para el asombro de todos.

Don Pedro le había llamado «hijo». Doña Bárbara se quedó con la boca abierta y los padres de Guillermo soltaron una risita forzada al no saber cómo tomarse el comentario, pero el más sorprendido fue el propio Salvador, que de repente había sido elevado al escalón más alto del pódium. La sensación le gustó, y en ese momento deseó profundamente volverla a sentir muchas veces.

La cena transcurrió sin más incidentes. La cena que Paquita había preparado estaba deliciosa, y los comensales parecían pasar un momento muy agradable. Salvador iba y venía recogiendo platos y trayendo otros. Don Pedro le daba las gracias cada vez que le servía ante la mirada gélida de su mujer. Enmascaraba su más absoluta disconformidad tras una sonrisa forzada cada vez que hablaba; ya le diría unas cuantas cosas a su marido más tarde, pensó. El que no dijo nada durante toda la cena fue Guillermo, salvo cuando le hacían una pregunta directa a la que contestaba con monosílabos.

—Los jóvenes de hoy en día son parcos en palabras, Pedro —comentó Roberto. O hablan de cosas superficiales o no dicen nada.

—Déjalo, hombre, a veces no es mala cosa no decir nada, ¿verdad Guillermo? —dijo don Pedro como queriendo insinuar algo que solo provocó una incomodidad aún mayor en el chico.

Tras los postres y el café, la visita llegó a su fin. El grupo se dirigió lentamente al vestíbulo entre halagos y múltiples agradeci-

mientos. Los hombres se despidieron con palmadas amistosas en la espalda y las mujeres con sonoros besos y promesas de volverse a ver pronto. Cuando llegó el turno de Guillermo, don Pedro lo sorprendió con un abrazo un tanto excesivo, acompañado también de unas sonoras palmadas en la espalda.

—A ti se te van a quitar las ganas de quitarle la ropa a mi hijo, muchacho —le susurró al oído mientras sus padres contemplaban la escena enternecidos por ese gesto de cariño para con su hijo.